

CON LA EXCUSA DEL LANZAMIENTO DE SU SEGUNDO DISCO SOLISTA, VOLVIMOS A ENCONTRARNOS CON EL INDIO. MARTÍN PÉREZ RECONSTRUYE UNA CHARLA DONDE TAMBIÉN ESTUVIERON FABIÁN CASAS Y MARCELO FERNÁNDEZ BITAR. EL ANFITRIÓN RECORRIÓ LAS NOVEDADES Y MUCHOS RECUERDOS.

“**S**ÓLO SOY UN GRAN BOLUDO QUE ESTÁ ENCERRADO ACÁ...”, dice el Indio Solari al promediar la entrevista, intentando escapar de la pregunta más ingeniosa de un breve cuestionario enviado nada ingenuamente por Pettinato: “¿Cuál es una faceta tuya difícil de imaginarse: sos parrillero de asados, contador de chistes, fanático de sacar fotos, coleccionista de algo?” Aunque la respuesta continúa: “...y que en realidad gracias a que hago lo que disfruto de hacer no tengo necesidad de hacer ninguna otra cosa”— esa primera parte vuelve a escucharse en un rewind virtual en la cabeza de todos los presentes cuando alguien lo interrumpe para decir: “¿Qué gran título para la nota!”. La carcajada colectiva que se escucha a continuación es una buena prueba de que, aunque hace tiempo ya no se realizan en una sobremesa regada por un buen vino, el Indio aún encuentra la forma de transformar sus entrevistas en una charla donde van fluyendo los temas. “Porque sino me pongo tenso y empiezo a responder sólo sí y no a cada pregunta”, explica.

A no confundirse: no es esta una charla distendida entre amigos, sino la única posibilidad de sentarse a hablar— algo que sucede cada dos o tres años, como la ruptura del glaciar Perito Moreno, digamos— con uno de los protagonistas fundamentales de nuestra cultura rock en las últimas dos o tres décadas.

A pesar de tanto prólogo, no es el Indio alguien difícil de entrevistar. Contesta todo lo que se le pregunta, y si se especifica algún tema con repreguntas, vuelve a contestar. El problema, en realidad, es que hay muchas cosas de las que hablar, y así es como los temas aparecen y desaparecen. Lo único que permanece siempre presente en la charla es ese “acá” donde dice irónicamente estar encerrado: un viejo haras en algún lugar de Parque Lezoir, con la amplitud suficiente para albergar varias construcciones y que se mantenga el verde.

“Me hice acá una cucha que tiene la suficiente extensión como para decir que estoy en una plaza, como un viejito que va a jugar a las bochas”, explica, y se ríe. Cuando la entrevista ha terminado, el feroz mastín Saturno es encerrado nuevamente y abandonamos el santuario— un cuarto repleto de libros, historietas, discos e instrumentos en el primer piso de la construcción que alberga Luzbola, su estudio de grabación, y en el que desarrolla diariamente todo su apetito creativo—, nos quedamos admirando un árbol solitario en medio de tanto verde. Ya es pasado el mediodía, el sol pega fuerte, y el silencio se rompe apenas por el aléteo de algún pájaro. Pienso en aquella vieja idea hippie de comprar un pueblo perdido para llenarlo de amigos, que reveló Enrique Symms en un capítulo de *El señor de los venenos* y que Skay nos confesó hace poco que sigue presente en su cabeza. Y me doy cuenta que el Indio ya tiene su propio pueblo... pero vació. Sonríe cuando le comento, caminando hacia la salida, que tal vez eso marque las diferencias entre ambos.

“Salgo muy poco, y si tengo que salir a comer algo, lo hago en horarios donde no hay jóvenes: bien temprano, cuando se supone que están durmiendo o en el colegio. Así, a los únicos que tengo que firmarles autógrafos es a las boutiqueras o a los muchachos que sirven el café”, había explicado antes. “Me acuerdo que en las elecciones pasadas le dije a Virginia, mi compañera, que apoquemos que toda la gente estaba metida en votar para ir a comer al shopping de Plaza Oeste, que debía estar vacío. Dicho y hecho, no había nadie. Pero como no tenían que atender a nadie, empezaron a salir los empleados de todos los boliches y después de un rato, mi hijo Bruno, que por entonces tendría





unos cinco años, me preguntó, muy intrigado: 'Papá, ¿por qué todos te piden cosas a vos?'. Le llamé la atención. Por eso trato de no salir mucho con mi hijo, sólo lo hago cuando vamos de carritos a un cine. Son cuidados que por el momento me gusta tener para no complicarle la vida".

Pregunta de Petri número 1: ¿No le ocurrió alguna vez revisar o escuchar una canción vieja y preguntarle: "¿Qué habré querido decir con esta letra tan rara?"

Hay un dicho que dice así: "Si yo pinto mi perro tal cual es, voy a tener dos perros y no una obra". Los discos son objetos inanimados, que de la única manera que funcionan no es con quien los hizo, sino con quienes los escuchan. El objetivo es que yo le transmita una emoción y que vos la recetes y juegues con ella. Debe ser una harmonía, porque no creo que piense que una letra debe ser explícita. Además, la mayoría de las veces yo entiendo lo que escribo!

"Cuando tenía cinco años, mi hijo me preguntó: Papá, ¿por qué todos te piden cosas a vos? Eso me llamó la atención y trato de no salir mucho con él"

OTRO DE LOS TEMAS PRESENTES DURANTE TODA LA CHARLA ES *Porco Rex*. Es la razón por la que estamos acá, después de todo. Así es como se llama su nuevo disco solista: trece canciones contenidas en un compact presentado en un librito similar al anterior. Pero si aquel era negro, éste es rojo. El formato es parecido a los programas de los museos, apunta su responsable. Le celebro el troquelado que sostiene al compact en su sitio, y le digo que a mí todavía me dura. "A vos, tal vez. Los chicos que lo llevan en su mochila no deben pensar lo mismo", comenta algo incrédulo. Confiesa que casi cede a la fantasía de volver a estar arropado dentro de un grupo e iba a atribuir el álbum sólo a Los Fundamentalistas del Aire Acondicionado. Pero no, el Indio sigue ahí. "Me di cuenta de que era una boludez, porque no tenía que ver con la realidad. Porque soy tan tirano y

caprichoso que sería ridículo". *Porco Rex* suena más convencional, pero al mismo tiempo más poderoso que *El tesoro de los inocentes*. En la ronda de entrevistas pasadas, el Indio confesó jugarleear con la idea de tocar en formato de trío. "Ahora no llega a ser un trío, pero suena mucho más orgánico que el trabajo anterior", le digo. "Esa era la idea, y además está vendido así dentro del librito: un disco abyecto, orgánico y para el karaoke", señala. Y confiesa haber tenido en cuenta el show en vivo a la hora de pensar la rítmica de los temas. "El anterior era más melonero, tenía demasiados medios tempos y en un

estadio son preferibles rocanroleros y temas para arriba. Así que esta vez me propuse trabajar un grupo de canciones con el pulso del corazón. Independientemente de que en vivo todo el mundo la pasó bien, me di cuenta que era lo mejor para la banda..."

Como Beck, cuando hizo su disco de bossa nova y después se apareció con otro bien funky porque confesó que se aburría tocándolo en vivo...

Es que una cosa es escucharlo en el living tomando un martini, y otra cosa es cuando estás en un estadio, donde supongo que no hay nada más caliente que una banda de rocanrol bien puesta. Porque podés estar en la hipnosis de un par de tipos con computadores y muchas luces y todo, pero lo que transmiten unos tipos corriendo, saltando y transpirando con guitarras eléctricas creo que todavía no hay mucho con qué darle para un directo...

Una de las razones por las cuales *Porco Rex* es un disco más orgánico es que el Indio esta vez tuvo la "delicadeza" — así lo explicó él mismo, con una sonrisa irónica— de pasarle las maquetas a los músicos un par de semanas antes de que fuesen a grabar. ¿Cómo? ¿No tuvo miedo de que esos temas se filtrasen? ¿No les hizo firmar a sus músicos alguna cláu-

sula de confidencialidad?

Nas las Nice firmar nada, pero en lo que confío es en que no es fácil tenerme a mí como enemigo público. Les conviene que esté todo bien para que no ponga la boca en el trombón...

... ¿**no les aparece una cabeza de caballo en la cama!** [risas]

Como todo buen paranoico —no estamos diciendo que lo sea, pero es una forma de simplificar con cierta gracia su proverbial reserva—, el Indio tiene un dato de la realidad para analizar sus prevenciones. "Siempre me acuerdo cuando nos avisaron que el que nos había hecho el sonido en un show que dimos con los Redondos en Uruguay, nos había grabado y estaba intentando vender esa cinta a cinco mil dólares. Fuimos a buscar esa copia que había dejado de muestra y con eso fue que hicimos nuestro pirata oficial, el disco en vivo, ganándole de mano".

Si en una primera escucha la música es lo que menos llama la atención de *Puro Rex*, intriga la inimizad de las letras. Algo que no es la costumbre en su poética. "Cuando uno quiere abarcar mucho con sus expresiones es cuando se pone crítico, pero cuando cuenta cosas que dice 'no las va a entender nadie' porque son cosas personales, es cuando se reflejan en la creación de los demás. Y en realidad un artista en definitiva es eso: un tipo que transmite emociones. Como él que ve siempre fantasmas o espíritus y cuenta que los ve, y que uno puede decir que es un artista cuando el hecho de contarlo hace que los demás también los vean. Para mí esto es una novedad, porque generalmente en mis discos hay canciones que tienen otras pretensiones, y sólo dos o tres que son íntimas. Pero esta vez hay una gran parte de las que yo llamo *Canciones de amor para el dealer*".

Para ser un hombre que vive encerrado, si estas letras son actuales te han pasado muchas cosas en estos dos años...

Si, este par de años tuve distintas cosas que se reflejan ahí. Pero no voy a cometer el error de describir las canciones en otros términos. Creo que era Brecht el que decía que si la gente quisiera entender lo que ve, debería ir al baño en vez de ir al teatro.

¿**Te divierten chistes como el que hizo Capusotto el otro día, el del chapetín Indio Solari?**

No lo sé, pero Capusotto me divertí más ahora que antes. Siempre fueron unos chistes con los de *Cha-cha-cha*, pero ahora como que tiene una artesanía mejor, es muy gracioso espontáneamente. Además, todo lo que sirve para desactivar un poco lo que uno hace, realmente ayuda. Te libera un poco de esa presión de que vos sos lo y no sabés si tenés que caminar sobre las aguas o no.

TRES AÑOS ATRÁS FUE CUANDO EL INDIO REALIZÓ SU PRIMERA RONDA DE ENTREVISTAS desde la separación de los Redondos. Entre otras cosas, anunció que iba a presentar en vivo *El tesoro de los inocentes*, y que varias productoras le estaba ofreciendo sus servicios. Un año más tarde, volvió a romper el silencio, esta vez para anunciar la esperada presentación del disco en el Esta-

dio Único de La Plata. Lo organizaría de manera independiente. A dos años de aquella presentación, sorprende al confesarnos que aún está pagando deudas contraídas entonces. El comentario aparece cuando se le pregunta la razón de por qué insiste en hablar de *El tesoro de los inocentes* y en *Puro Rex* como dos partes de una trilogía. "Se me ocurrió hacer tres más que nada para respetar el formato que me ayudaba a hacer el arte de tapa", contesta. ¿Pero pensó en una tercera parte porque ya la tiene planeada o porque simplemente así se está más cerca de terminar el proyecto? "La verdad es que estoy medio retirado. Pero no por motivos artísticos, sino por motivos de producción: hoy en día para un productor independiente es prácticamente imposible competir con las productoras. Yo todavía tengo cuentas que saldar de lo que hice en La Plata, y fueron dos estadios con cincuenta mil personas".

¿**Tenés cuentas que saldar?**

Y... viste como es eso: una cosa es que te jadan cuando metés tres mil personas, pero cuando metés cincuenta mil todos van a querer una parte.

¿**Con dos estadios llenos?**

Gracias a Dios, el apoyo multitudinario que tiene lo que hago me permite poder seguir haciendo cosas. Pero, sin transar con un productor mayor, es casi imposible. Porque el precio que tengo que pagar así es mucho más caro, ya que sólo compro para mí y no compro paquetes. Las presiones son muchas y los tipos realmente tienen un poder demoleedor. También se puede transar, yo no tengo nada en contra de los que hacen eso, tiene que ver con el estilo y la personalidad. Pero esas grandes guitas me hacen acordar

a los agujeros negros. Por más que seas un gran número y puedas hacer lo tuyo libremente, si estás orbitando ahí, en algún momento, se desvirtúa todo lo que estás haciendo.

A pesar de que sus confesiones pintan un panorama desolador, el Indio insiste: *Puro Rex* va a ser presentado en vivo, y no sólo en La Plata. "Estamos empezando a producir una serie de shows en el interior: Mendoza y Córdoba, por ejemplo. Aún no está nada cerrado, pero tengo ganas de mover el culo, estar en el hotel con los músicos y sentir que la banda crece. Además, antes salir a tocar tengo que pagar una larga sesión de ensayos porque es una banda que no tiene demasiado rodamiento, y eso también va al Debe". Eso sí, tocar en Capital es lo más complicado. "Tengo vedado River por distintos motivos", desliza. ¿Y sería lógico pensar que con dos discos solistas va a haber menos temas de los Redondos en sus recitales? "No lo creo. Me gusta lo que hacen los Stones, que sacan un disco nuevo y sólo tocan tres o cuatro temas".

El alto costo de ser un productor independiente es un tema que está presente durante toda la charla. Por ejemplo, es lo que mediatiza la relación del Indio con internet. Ya en las entrevistas anteriores, había criticado a los músicos que, alegre y demagogicamente, justificaban el intercambio de música de manera masiva por aprte de su público. "Cuando dicen que defienden la libertad es porque ellos firman un contrato que es el único mo-

mento que ligan un peso", insiste. "Porque si ellos fuesen productores de sí mismos no dirían tan alegremente: ay, yo regalo lo mío".

Bueno, ahora los Radiohead se apoyaron a sí mismos y decidieron poner su disco en internet...

Como productor independiente, lo que necesito es que la gente me compre el disco y no que lo piratee y lo copie y lo baje. Pero como artista también lo necesito, porque sino extraño la unidad de esa obra. Yo me atrevo a hacer la lírica y la música y el arte de tapa y todo porque creo que es más honesto como artista si uno tiene pequeños conocimientos de las destrezas para lograrlo, porque das un mensaje o un estímulo o una unidad más llena de lo que querés decir. Además, creo que acá desgraciadamente no funcionaría el hecho de que vos digas: "Pongan la plata que quieran", ¡porque llegaría el momento en que entrarían por ahí mismo y te sacarían la tuya! [risas]. Creo que es un gesto para un lugar donde la gente no afana boludeces, afana otras cosas...

Pregunta de Petti número 2: ¿Es verdad que una vez quisiste ir a un shopping y te quisiste una peluca para evitar los autografos?

Eso me pasó en una disco en Ramallo, creó. Una época que uno casi ha borrado, porque son recuerdos que se me mezclan con tetas de silicona, que eran las primeras que aparecían y que la dueña de la casa donde estábamos parando me las mostraba a las tres de la mañana y me decía:

"Tocá a ver qué te parecen". La peluca era porque el lugar donde tocábamos tenía la misma salida para el público que para los músicos. Así que para irte tenías que bajar del escenario y pasar entre la gente. Me acuerdo que para meter en un rincón había como un tanque de aeronafía. Así eran los lugares donde tocábamos entonces...

"DESDE LA ÚLTIMA ÉPOCA de los Redondos que estoy diciendo que

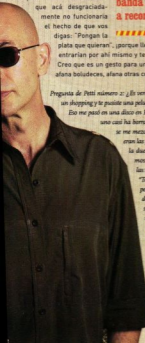
extraño tocar en teatros", se resigna el Indio. Cuenta que, cuando Skay salió a tocar y vio que lo estaba haciendo en recintos para unas cinco mil personas, pensó que en una de esas él debería hacer lo mismo. Pero lo convencieron de que lo suyo era un estudio, y a la luz de los resultados no estuvieron tan equivocados. También cuenta que fantaseó con Andrés Calamaro en armar una banda al estilo Traveling Wilburys y salir a recorrer el país tocando sin anunciarse. Pero también lo convencieron: todos se terminarían dando cuenta quiénes eran. Y si no sucedía eso, terminarían tocando sólo para los amigos y qué sentido tiene, se pregunta el Indio. Esa

fue la idea original de un álbum de covers con sus temas preferidos, que aún está en sus planes. "Estoy a la espera de que consiga los derechos para poder traducir los temas que quiero hacer, porque sino no tiene gracia", explica. Los temas que quiere cantar en castellano son por lo general

de bandas de guitarras, aclara. The Replacements, Tom Petty y Matthew Sweet son algunos de los ejemplos que da. Y Rain, de los Beatles, que cree que va a ser un poco difícil, dice, y se ríe.

"Quiero mucho a Calamaro, porque lo que más me interesa de él es su riesgo estético. Me pasa lo mismo con Fito Páez", explica. "No emito juicios sobre la calidad artística de los colegas, pero sí sobre el riesgo estético. Que un tipo como Fito, que hace rato que no es un gran vendedor de discos, invierta en hacer una película me parece algo para respetar. Y lo mismo cuando todos se reían del Salmón, que defendí de movida porque me pareció una maravillosa batalla haber convencido a una compañía que había que hacer un disco quintuple. Me pareció una hemorragia de creatividad que no amenita ningún otro juicio que el de la valentía que tiene como artista para exponerse de esa manera". La relación con Calamaro va más allá de ese respeto por su riesgo estético, como delata el juguetón proyecto trunco de tocar en vivo con nombres supuestos. De hecho, confiesa que intercambian mails diariamente, firmándolos con disparatados seudónimos. Tal vez de allí haya salido el Monsieur Sanóoz con el que se bautizó el Indio en el brillo de Puro Rex. Y seguramente también tienen que ver con el "inefable Sr. Gamma Alta", que es como se presenta la aparición de Andrés en la canción *Vivieno paciente*. "No es un tema pensado para que lo cante él, pero vino un día para acá, teníamos ganas, cantamos los dos juntos y quedó como una cosa susurrada-cantada".

Cuando se le comenta que, en una reciente entrevista, Calamaro dijo que le hubiese gustado empezar a grabar a la edad que empezó el Indio, ya de grande, así no hubiese dejado grabadas tantas cosas que hoy le molesta escuchar, el Indio asegura que *Mil horas* es un hit importante, una canción que da gusto escucharla. "Lo que tal vez haya variado es la pretensión de su lírica, pero no se puede quejar. Yo no soy un militante de mí mismo; me sale hacer estas canciones de amor para dealers, pero también me atraen los hits", explica. Y si se le comenta que tal vez ambos estén mirando el pasto



verde del otro lado de la cerca, con el deseo en realidad haber grabado más joven para tener testimonio de aquella época, responde que cuando uno se dedica todo el tiempo a eso tiene muchas cosas guardadas. "Mirá mis manos: ¡nunca agarré una llave inglesa!" ¿Y qué es lo más viejo que tiene guardado el Indio? ¿Un pirata de Los Perros de la Costa, la banda que tenía con Kubero Díaz? ¿Aquellos primeros demos de futuros temas de los Redondos grabados haciendo percusión con un balde? Nada de eso. "Lo más viejo que tengo es una banata, que me la acaba de dar mi vieja. ¡Pensé que no existía más! Cuando era chico era fanático de la música, pero en este sentido: Néilda, la chica que asistía en casa, me llevaba a la plaza. Estoy hablando de Entre Ríos, me misé ahí a los cuatro años. Era una costumbre que en esas pérgolas que había en las plazas tocasen bandas: un día de la marina, otro día la de no se qué. Bueno, cuando llegaba la hora, yo pedía que me pusieran unas medias blancas -porque la marina tocaba con polainas- y me iba ahí fascinado. Y volvía y ponía un papel en el piso frente a la radio, como si fuera un escenario, y me subía ahí con la banatita ésta a diri-

gir la orquesta de la radio. Ese es el primer recuerdo que hay en la familia de lo que es mi vínculo con la música".

Diálogo Casavieiro 1: Me acordé que en un reportaje que te hice hace una buena década estás viste un montón de tiempo explicándome lo que era un rock...

Respuesta: ¡Mirá vos! Lo que sabía en esa época que ahora ignora...

UNA DE LAS POCAS COSAS QUE EL INDIJO SOLARE SE NEGÓ A CONTESTAR PARA esta nota tiene que ver con los Redondos. Pero es entendible. Al punto que, en realidad, nadie se lo preguntó. Es decir: ninguno de nosotros le preguntó cómo estaban las cosas con el resto de los Redondos, pero el Indio entendió eso y empezó a contestar: "Hay cosas que son muy difíciles de explicar. Cuando en algún lugar aparece la palabra perdonar, no pudo evitar pensar que trae algunos condimentos como el olvido, el desprecio y mucha comodidad, cosas que a mí no me gusta traer a mi vida. Así que, desgraciadamente para aquellos entre los cuales me incluyo, que les gustaría que hu-



biera una manera de despedirse mejor, creo que las cosas están bien como están”.

No es lo mismo que dijiste en tus últimos reportajes, donde abríste la puerta a una posible despedida...

Lo que pasa es que, en definitiva, soy un respetuoso del cariño de la gente. Punto. Las cosas están como están, y no tengo la facultad de modificarlas porque esto es una milonga que se baila de a tres

Pero volviste a hablar con Skay y Poly...

Por intereses en común, pura y exclusivamente. Pero no hay un vínculo. Sinceramente, cómo se sucedieron las cosas a mí me provocó dolor. No tengo un criterio determinado que me garantice una vida mayor que la que probablemente tenga, y a partir de ahí estoy tratando de elegir mis momentos y tratar de disfrutar de la vida. Y todo lo que me traiga dolor, si no es necesario hacerse cargo y pelar huevo, me importa un queso, la verdad...

A pesar de tanta confesión, lo que en realidad le preguntamos tenía más que ver con su recuerdo de Los Redondos, no con la situación actual. Y venía al caso porque en un momento de la charla había dicho que los únicos discos del grupo que le gustaban eran los dos últimos, por la ca-



“Me sorprende que me digan que un álbum como Octubre es uno de sus preferidos, pero tal vez tiene que ver con defectos profesionales y el reverb”

de una época muy particular...

Eso es lo que uno extraña: poder no tomar en cuenta la consecuencia de tus actos. Creo que lo que tiene la juventud es esa maravilla riesgosa pero heroica. Algo que con el tiempo uno pierde, independientemente de que uno trate de proteger el intelecto. De la única forma en que lo podés hacer es si lo protegés con carácter, y el carácter implica permanentemente acordarte de que en esos nervios jóvenes hay mucha información y

lidad del sonido. “Que me digan que un álbum como Octubre es uno de sus preferidos es algo que me sorprende, pero tal vez tenga que ver con defectos profesionales”, se ataja el Indio. “Más que nada porque coincide con toda esa etapa de reverb por lo que me cuesta escucharlo. Y más ahora que después del masterizaje se terminaron de arruinar”.

Pero la lírica es increíble...

Lo que menos enjuicio es la lírica. Porque con las letras entro an un estado de inocencia que me las saca de encima. Trabajo mucho

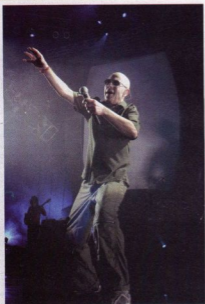
en el momento de hacerlas, y después para poder enjuiciarlas quiero tener también un estado de inocencia, y empiezo a prestarles atención recién un par de años después. En cambio con la música soy obsesivo. **El año pasado celebramos en La Mano los veinte años de Octubre, que funciona como una instantánea**

EL SECOND LIFE DEL INDIO, VERSION 2.0

Así como su debut solista fue una progresión bastante natural de los últimos dos discos de los Redondos, este segundo álbum del Indio Solari también es una suerte de “cambiar para hacer lo mismo”. Desde la tapa misma, aparecen similitudes y diferencias con *El tesoro de los inocentes*, por ejemplo el formato de librito bastante lujoso y lleno de ilustraciones y letras. El color, sin embargo, no es un sobrio y elegante negro con plateado, sino un rojo casi furioso que anticipa la energía rockera que encierra. Porque *Porco Rex* es más poderoso y contundente que su antecesor, privilegiando el material apto para recitales multitudinarios por encima de algunos números más intimistas, como fueron *La piba* de Blackbuster y el lento final de *Ciudad Baigún*.

Porco Rex abre con un riff rockero y el retrato de un fan casi rollinga que *Pedia* siempre temas a la radio. Queda en claro que, una vez más, las letras del Indio son una suerte de Second Life propio, donde va construyendo un universo y a veces incluso retomando personajes, como el título de guño ricotero. Sigue *Ramas desnudas*, más mid-tempo y con alguna acústica, mientras la letra es un tema de amor fugaz y un reencuentro todo mal. Con *Sopa de lágrimas (para el pibe Detele)* vuelve el rock fuerte con gran solo de guitarra, y la frase “¿Podré olvidarte o me acordaré toda la vida de vos? Un ángel inútil flechó y me erró”. Más épico resulta el movimiento de paquiderma de *Tatuaje*, con guitarras que aúllan. *Porco Rex* es el único con cierto aire pop, y esconde una quizás lectura

sobre el rock actual: “En manos de pavstes todo el sueño quedó”. *Weneno* paciente tira para el formato de canción, con la confesión: “Me cansa tener gente alrededor” y el ondo *Kashmir* sin cuerdas. *Per qué será que Dios no me quiere* tiene vientos y ritmo galopante, más FM, y otra autocrítica: “Soy el haragán de siempre”. Sobre el final, *Y mientras tanto el sol se muere* es el más lento del disco, con una suerte de coro griego. En el rock de *Martínis* y *Tafrolas* se anima a usar la palabra R: “Suele pasar-me: olvido lo que importa más y dados REDONDOS tuercen mi suerte”. Un aire casi sureño y rasgueo digno de U2 tiñe *Flight 956*, y cierra un gran trabajo con *Vuelo a Sydney* y *Bebémos de las copas lindas*.



ALEJANDRO GIAMETTY

que la veterania no te da...
Por entonces, una de las características de tus letras era cómo retrataban la época de la cocaína porteña de los años ochenta, de una manera que quizás no hubieses logrado si hubieses intentado precisamente eso...

"Una vez le hice el amor a un drácula con tacones". Me acuerdo de haber visto alguna vez a una de las chicas de las Gambas al Ajá hacer todo un monólogo con esa letra, y escuchado así me pareció fabulosa. Porque era como una descripción que acompañó con una representación expresiva. Me pareció buenísima porque me dio una dimensión diferente de lo que yo escuchaba desde la canción. Era realmente como una pintura del mundo demente que se vivió en esos años. O que al menos vivió esa minoría que éramos, porque acá uno habla de cultura rock y en realidad éramos un grupo pequeño de gente. Y hoy que ya no hay más eso que llamamos cultura rock es cuando más masivamente se escucha esa clase de música. Porque gracias a cierta inercia la cultura rock acá duró más que en otros lados, y uno se vio favorecido por eso, pero lo que maneja hoy todo es la industria del espectáculo. No hay ninguna producción independiente contracultural que pretenda al rock como música de fondo.

siempre terminal en sus opiniones, para el Indio Solari el rock nunca fue Elvis Presley. Porque el rock que le interesa siempre fue contracultura, eso que -según afirma- ya no existe. Al menos con música de rock: "Para mí sigue estando vigente, porque es la formación con la cual veo la vida, pero también se que ya fue. Me refiero a que no tiene la vigencia que tuvo durante años, en que los chicos estaban a favor de lo que era independiente. Y desconfiaban de la industria del espectáculo y qué se yo. Eso ha dejado de

pasar. Hoy quieren fama y fortuna en vez de ética y estética. Sus medidas son el fracaso y el éxito. Son más permeables al hypeo que nunca", calcula, cada vez más cerca de ese hombre en el castillo del que hablaba Philip K. Dick en su novela homónima. En la que había un hombre que vivía en una realidad paralela en la que el Tercer Reich seguía soñando con ampliar su dominio sobre la Tierra, pero había escrito una novela en la que imaginaba que los Aliados no habían perdido la II Guerra Mundial, y que Alemania no se había dividido el mundo con Japón. Y estaba esperando que vinieran a buscarle. Con la ayuda de la cultura rock, el Indio Solari ha imaginado un mundo paralelo, en que el rock puede cambiar el mundo. Su mundo. Tal como sucedió. Y ahora espera en su castillo que otros hagan lo mismo. "Desde la época en que pretendíamos eso de saltar sobre los decorados del rock que vengo pidiendo que todo esto sea la antecala de un cambio profundo. Un rocker no quiere que todo sea un revival permanente. Porque todo eso ya lo viví. Ahora estoy deseando que venga un cambio, aunque conspiro contra mi bienestar. Pero me amplía el trato posible con la vida", dice quien alguna vez se quejó porque le habían quitado el mundo de su vida. "Lo más que puedo hacer es negociar. Y no me gusta un carajo", decía veinte años atrás.

Gran negociador, recuerda que alguna vez dijo que no le gustaba ser considerado un entretenedor. "Porque no me gustaba la idea de mantener a la gente entretenida cuando estaban pasando cosas", explica. Pero ahora que la gente está viviendo a su aire y no protesta ningún cambio, se pregunta

"Me gustaría, por supuesto, una juventud más heroica, ambiciosa, queriendo cambiar aún mal, o sea generando crisis"

quién es él para andar diciéndole a nadie lo que hacer con su vida. "Hago mis canciones y mi música, donde está implícita mi formación dentro de la cultura rock. Y bueno: al que le guste lo comprará, al que le parezca importante le parecerá importante, y al que no, seguirá de largo". ¿Y qué sentido tiene pedir un cambio, cuando todos están muy felices bailando en la cubierta del Titanic? "Por supuesto. Además, si fuera joven, tendría sentido plantearmelo. Pero sinceramente pienso que, cuando uno tiene determinada edad, tiene que prestar atención. Me gustaría, por supuesto, una juventud más heroica, porque aquel que paladeó el gusto de la miel la extraña. A mí me gusta ver jóvenes heroicos, ambiciosos, queriendo cambiar aún mal, o sea, generando crisis. Me gustan esos jóvenes, no los abólicos, que están pendientes si van a pagar la cuenta del iPod o qué se yo". Pero no llega a asegurar que estos jóvenes sean peores a los de antes. Tienen otras características, apunta. Y se entusiasma nuevamente: "Quizás estén en ese estado de abulia porque están a la espera de algo que ellos aún no pueden definir. Quizás eso explote de la misma manera que me explotó a mí. Porque en casa se escu-

chaba música clásica, y los discos de Paul Anka y Luis Aguilló. Eso era en los años cincuenta. Que es lo mismo que está pasando ahora”.

Acá debería venir el diálogo Casas Número 2, pero el espacio es tirano, la nota se termina y entoces ahí vamos. Porque para terminar nuestra charla le recordamos que cuando Casas lo entrevistó unos veinte años atrás, no se olvidó más que la nota se fue al carajo cuando un amigo le preguntó si había transido con el demonio, y el Indio fue preciso en su respuesta: “Si dos veces”.

Tengo amigos en los dos lados. Tengo amigos en el cielo y en el infierno. Tengo más en el infierno. Este disco está justamente dedicado a dos amigos que ya no están. (Silencio incómodo). Pero bueno, recalca que seguramente la voy a pasar mejor abajo, porque... arriba debe ser un embolo! Todos comportándose bien, con coronitas. En principio, pero que se apaga el velador y ya no hay más nada. Si me dan a elegir, tendría en cuenta ese chiste que dice que si es un infierno argentino es mucho mejor, porque el gas no anda, no hay fuego, los castigos se atrasan y no anda nada. (risar)
(Al final era verdad! El infierno está encantador. ✽



Fui invitado por periodistas de La Mano para participar de un reality que se desarrolla con cada aparición de un nuevo trabajo del Indio Solari. Se trata de la escucha del disco nuevo y el posterior reportaje con el ex-cantante de Los Redondos. Como se pudo leer en la infinita repetición de notas de la vez anterior (cuando presenté El tesoro de los inocentes), el reality empieza en una estación de servicio a las puertas de Parque Lezoir, donde un stalker del Indio pasa a buscar a los periodistas y -después de dar un par de vueltas- los conduce hasta un portón eléctrico que se abre lentamente para que ingresemos a la Graceland suburbana donde pasa sus días Carlos Solari, más solari que nunca. Tengo mis sospechas sobre la verdadera existencia de la estación de servicio. Estoy seguro que si alguien va ahí hoy, encontrará sólo un descampado. Me parece que todos eran extras pagados por el músico: las cajas gordas, los remiseros que descansaban con un pie afuera de sus autos, y hasta me pareció conocido -me sonó a bajista de banda under ya perimida- la cara de uno de los empleados de la Shell que nos vigilaba con su dental naranja.

Ya en la casa y sentados en la sala donde Solari compone, pinta, dibuja y escribe, se nos comenta que afuera hay perros peligrosos (uno se llama Saturno), y me imagino que debe hacer la bicicleta asesinal y que mientras estemos ahí se los va a tener sueltos. Cuando bajemos para irnos, los van a guardar. Desde este lugar se ven los árboles y los pájaros, la naturaleza a full intervenida por el hombre mediante alambres de púas, alarmas y cámaras de televisión. El panóptico de Foucault a todo lo que da. Carlos Solari, el ídolo de miles de viejitas a lo largo y lo ancho del país, es un hombre amable, de larga parla que nos pone el disco de parado para que escuchemos de un tirón los casi doce temas, más o menos, con el estómago en ayunas.

Con precisión de relojería, una chica

encantadora entra con una bandeja con café y medallunas cuando empieza el último tema. Esta sensación de que todo está organizado, como en un McDonalds o en una aerolínea de calidad, va a estar a lo largo de toda la visita. Aunque me intimida la presencia de Saturno allá abajo, le digo que es imposible tener una opinión sobre un disco en una escucha. A veces, le digo, uno tarda un año en comprender una canción o una película. Pero el tipo ni se inmuta. Me acuerdo acá de una propaganda de la dictadura militar en contra de la literatura "apátrida": un joven le decía a otro a la entrada de la facultad: "Tomá, leélo, y mañana lo comentamos". (Y era el Capital de Marx, que te puede llevar toda una vida comprenderlo) "¿Cómo dar cuenta de un hombre en su totalidad?", se preguntaba Paul Valéry. Tarea difícil. Quien escribe esta nota, habla entrevistado a Solari dieciocho años atrás. En ese entonces, vivía en una casa sencilla de Ramos Mejía. Desde esa época hasta hoy, Sola-

Quizás uno de los karmas de Solari sea éste: haber compuesto una música que atrajo a multitudes cuando -en el fondo- es un fóbico incurable.

ri acumuló poder personal y material. ¿El poder cambia a la gente? Yo creo que no. El poder no corrompe, delata: el que era un tipo gamba antes del poder, lo sigue siendo con poder. Y viceversa. La sensación que de Solari es la de un hombre atravesado por miles de contradicciones. Un tipo que parece pelear contra el animal que lo habita y contra el controlador incesante que es "el ladrón de su cerebro". Según sus palabras, el cantante de voz arguudentosa formó parte de una generación que quiso cambiar al mundo. De ahí que muchas veces la palabra Orga aparezca en su vocabulario.

Pero Solari no parece ser un hombre en favor de la fuerza colectiva. Más bien es un individualista tenaz. Uno de los lemas de los Redondos, recordemos, era "solos y de noche". Nada de mezclarse con otros, nada de ir a festivales en conjunto. Las veces que lo hicieron, Skay se



tuvo que poner al frente del grupo. Quizás uno de los karmas de Solari sea éste: haber compuesto una música que atrajo a multitudes cuando -en el fondo de su corazón- es un fóbico incurable.

Hay una escena de Lost que es muy significativa. Es cuando se destruye el avión en el aire y Benjamin Linus -el líder de Los Otros- sale a su porche y ve que va a tener -por fin- problemas. Algo similar le pasa a Robinson con la huella de Viernes. Benjamin Linus es bastante parecido al Indio Solari. Los dos viven en una isla y son los líderes de la gente que manejan. Ambos tienen filtros (mujeres, asistentes, secretarios, etc) con el mundo exterior que les parece

amenazante pero al que no pueden renunciar del todo (le pregunté al Indio para qué los reportajes, para qué sacar un disco nuevo). También crean una ficción en torno a ellos (la de Solari es: "No puedo salir, me tengo que esconder"). Los dos necesitan controlar al milímetro cada una de las cosas que pasan a su alrededor. Son los demiurgos de su isla mental. "La cultura rock está muerta. Hoy los chicos hacen una banda para ser famosos y nada más", dice el Indio. "Ya nadie quiere cambiar el mundo", dice. Cuando finalmente nos vamos, me embarga una tristeza enorme. Nada que ver con la primera vez que lo vi. En ese entonces, el tipo era una dinamo de energía que le empujaba hacia adelante. Declan que en el catering de la entrevista, después de las facturas y el café, venían empacadas y vino. Esta vez, en cambio, tuvimos el almuerzo desnudo, eso que Jack Kerouac denominó como "el momento en que todos los comensales se dan cuenta de lo que hay en la punta de sus tenedores": Nada.

